

**Después de
un espeso
vacío**

Marina Klein

Klein, Marina

Después de un espeso vacío / Marina Klein. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Frenéticos Danzantes , 2023.

90 p. ; 18 x 12 cm.

ISBN 978-987-45850-9-7

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDDA863

Marina Klein

Después de un espeso vacío

Ediciones Frenéticos Danzantes

ISBN 978-987-45850-9-7

La imagen de tapa es un recorte de una foto del bailarín mexicano José Límón y está editada digitalmente. La de contratapa es de Marina Klein.

Primera edición Marzo 2023

Impreso en el taller de Ediciones Frenéticos Danzantes

Av. Scalabrini Ortiz 41 3° C (1414) CABA

Impreso en Argentina.

**Después de
un espeso
vacío**

Marina Klein

Cierra la puerta del edificio empujándola con la mano porque el cartel dice No Cierra Sola.

Suena el ruido seco de la madera y vidrio chocando contra la otra hoja de la puerta también de madera y vidrio.

Sale a la vereda y mira para un lado y para el otro sabiendo que no está preparado para el día. Que tendría que haber dormido por lo menos cuatro horas más para poder encarar lo que viene.

Pero por más que mira para un lado y para el otro, lo único que ve son las hojas del otoño dejando amarillas todas las veredas y algún que otro auto que pasa en el frenesí de la mañana apurado por llegar a alguna parte.

No está la respuesta que necesita. No viene girando doblando la esquina ninguna verdad ni ninguna gran epifanía.

No, nada de eso.

Sólo vacío ruidoso embarullado de sonidos estridentes, rechinosos y quejosos que no dicen nada.

Así que toma aire y va hacia la izquierda.

Un paso y después otro. Sabe que va al matadero. *Sabe que va a la muerte, no al olvido. Y que es un rey* diría Borges hablando de alguien que dejó de respirar porque la cabeza le fue separada del cuerpo a fuerza de un pesado filo; y que tuvo un reino.

Bueno. Da lo mismo. Él no es Borges ni rey de nada.

Es un chabón común que sale de su departamento/guarida en Paternal a encarar lo que no quiere encarar pero no le queda otra.

Camina más de veinte cuadras por la vereda del sol que empieza a asomar y va poniendo todo más amable.

Llega.

Saluda pero con cara de que no sabe qué decir porque en realidad no sabe qué decir ni a quién decírselo ni cómo vivir esas cosas. No sabe ni lo que siente. Aunque posiblemente si supiera qué siente y supiera qué decir, tampoco lo diría porque no sería adecuado.

Nunca nada es adecuado. Lo que piensa y siente siempre choca con una pared inquebrantable cuando sale de su cuerpo. Choca contra el cuerpo de lxs demás y las cosas que lxs demás sienten y piensan.

Todxs lloran o ponen cara de que les gustaría estar llorando o que acaban de llorar.

Él todavía no lloró. Ese día. Antes había llorado un montón de veces. Pero ese día que sería el más apropiado para hacerlo, no.

Ni siquiera eso le sale.

Le gustaría salir a la calle y volver a caminar pero no puede. Tiene que estar ahí y listo.

Es su papá el que está en el cajón y su viuda con los ojos hinchados y rojos la que le acaricia la cabeza y le pregunta cómo se siente y si quiere comer o tomar algo.

-No, gracias. Ya desayuné antes de venir-dice sabiendo que no se considera desayuno a tres mates con yerba de yuyitos.

La mujer lo mira como con lástima y él la mira a ella pero no sabe con cara de qué.

Piensa que no sabe qué será de su vida y que capaz no la vea nunca más.

No tienen nada más en común que ese muerto que ella ama y él detesta.

Detesta y ama. Pero lo del amor es simplemente porque no puede dejar de hacerlo aunque haya tratado por todos los medios los últimos veinte años. Así que ese sentimiento no cuenta. Es solo una presencia más en el lugar donde se guardan los sentires que chocan con furia contra cualquier cosa cuando salen de su cuerpo y los pone a jugar en el mundo. Y después se vuelven y chocan contra él, contra su carne y sus huesos.

Pasan las horas y en un momento su reloj biológico le da el ok y le dice que ya está, que ya puede salir y volver al mundo de los vivos.

Se despide aunque no conoce casi a nadie. A la viuda le da un abrazo porque le produce una infinita pena pensar en esa mujer que admiraba tanto y amaba tanto a un ser tan choto y de mierda.

Se pierde en la ciudad otra vez. Respira hondo y mira los autos en la avenida.

Mientras estuvo adentro se nubló un poco y empezó a soplar un viento frío.

Mete la cara adentro de la bufanda y se pone el gorrito de lana que tiene en el bolsillo de la campera tipo parka verde oliva medio raída.

Listo. A empezar el día de verdad ahora.

Vuelve a cerrar la puerta con la mano porque No Cierra Sola. Esta vez está del lado de adentro y el mármol del palier hace que todo sea más frío y oscuro.

Sube los tres pisos por la escalera a los saltos mientras pela una mandarina que compró de camino.

Pone la mandarina pelada sobre la mesa redonda de madera que está a un costado.

Abre la ventana y deja que el viento y el frío entren otra vez y le sacudan el cuerpo. Se saca todo lo que le sobra y sólo se queda con la calza negra y el pulóver verde súper ancho.

Pone la playlist en la que viene trabajando y se empieza a mover suave.

Da unos giros sobre sus pies y después baja al piso de madera contorsionándose y arqueándose de forma maravillosa. Armónica, enérgica, suave, a los saltos, reptando, deslizándose sobre las superficies.

Se desplaza por el espacio como si flotara, con su materialidad capaz de remontar vuelo durante algún instante. Cubre el aire con el halo de sus movimientos y las sensaciones que emanan esos movimientos.

No llora tampoco todavía pero la música y su cuerpo inmerso en esa música, es lo

más triste del mundo a esa hora en la ciudad.

Si alguien pudiera asomarse por la ventana con marco de madera pintado de blanco que da al pulmón de la manzana de casas bajas, vería la cicatriz que deja la tristeza en el cuerpo de lxs sobrevivientes.

Y también vería que hay como una luz o una luminosidad provocada por la energía del movimiento. Una belleza que irradia y cubre todo, la belleza incendiada de haber sobrevivido llena el aire y lo hace hermoso.

El testimonio de la rebelión de los cuerpos que resisten, que no se dejan domesticar ni se domestican a sí mismxs.

Baila hasta que se le agota el cuerpo y la mente le queda vacía.

-Amor mío, vení un ratito a verme que el pelotudo de Ezequiel se fue de viaje y creo que ya no vuelve más. Que es definitivo.

-Dale, me doy una ducha y voy. Llevo arrolladitos chinos.

Son las cuatro de la tarde y Lucas sale de su departamento con el pelo negro mojado en una trenza que le llega hasta la cintura.

Pasa por el chino y compra arrolladitos congelados vegetarianos.

Toca el timbre del pasillo donde vive Marilú que es a cuatro cuadras de su casa.

Abrazo grande porque Marilú está llorando. Bueno, justo cuando sale a abrirle la

puerta y la ve atravesar el pasillo del PH en joggineta y pantuflas rosadas gastadas, no. Pero tiene todos los ojos rojos e hinchados y es obvio que en cinco minutos va a estar llorando otra vez.

Él la aprieta contra su cuerpo y le hace upa un ratito haciéndola quedar casi a su altura, a unos veinte centímetros del piso.

La deja otra vez sobre el suelo y le besa la cabeza de pelo azul.

Abre su campera verde oliva raída y la invita a meterse bajo su ala. Y así caminan por el pasillo pasando las puertas de lxs vecinxs hasta llegar a la que estaba abierta con la gata negra asomando medio cuerpo para afuera.

Lucas se agacha a hacerle un mimo a Pepita atrás de las orejas. Después la alza y la lleva para dentro. Cierran la puerta, se sacan los zapatos y toda la ropa que les sobra.

Toda la ropa.

Les sobra toda la ropa.

Lo único que no les sobra es la piel y la necesitan ahí para poder sentir algo más que dolor y angustia en este mundo que sólo es dolor y angustia, menos en esos ratos de placer.

Y se hunden en el placer.

Lxs dos necesitaban de una manera desesperada estar con un cuerpo amado que les dé placer.

Son como una llaga viva. Y ese roce con lx otrx es como agua fresca curativa. Agua mágica que brota del manantial del centro del mundo.

Marilú no sabe lo de su papá.

No se lo contó a casi nadie. Ni siquiera le contó a casi nadie que tenía papá.

Siempre era sólo él. Sin familia ni nada.

Un chico huérfano en la ciudad.

Cuando le preguntaban decía que de eso no quería hablar y no hablaba.

Con el tiempo había aprendido a relacionarse solamente con gente que le respetara los silencios.

Se besan mucho y largo. Se acarician mucho y largo. Tienen orgasmos dulces y profundos.

Y después se ponen un poco de ropa, solo la necesaria para no tener frío, y van a la cocina a meter los arrolladitos al horno.

Y mientras esperan que se hagan, se tiran en unos almohadones que hay en el piso de madera, redondos y gordos con funda de crochet de colores varios, se dan las manos y Marilú le cuenta las últimas novedades con el pelotudo de Ezequiel.

Él la escucha y cada tanto reafirma la sentencia de que es un pelotudo.

Cuando ella termina llegan a la misma conclusión de siempre, que de verdad lo tienen que dejar de ver porque el tipo es un idiota además de un machirulo de cuarta y un rompe huevos maniático, soberbio y no sé cuántas cosas más.

Así que basta. Veremos cuánto le dura a Marilú esa seguridad y decisión, pero por ahora, confiemos.

-Hace dos días se murió mi papá. Me llamó la esposa llorando para contarme. Hoy fue el funeral y fui. Hace años que no lo veía ni a él ni a ella. De casualidad estaba en casa y todavía nunca le di de baja al teléfono fijo. Creo que por cosas como estas nunca le di de baja al teléfono fijo. Es el mismo que tuvimos siempre.

-La cuestión es que me dijo que mi papá había muerto. Casi le digo que mi papá murió para mí cuando tenía siete. Pero no

le dije nada porque la mujer estaba quebrada y no necesitaba oír eso. Y la verdad es que yo tampoco necesitaba decirlo. Nadie necesita andar rompiendo gente.

Marilú está sentada con las piernas cruzadas con Pepita la Pistolera a upa y lo escucha con ojos enormes, redondos y negros. Pero no dice nada. Lo escucha y sabe que es un montón lo que le está contando y que seguramente sea la única o casi la única persona en el mundo que sabe esto.

Sale de su lugar, pone a la gata en el piso, se acerca reptando y lo abraza. Y ahí Lucas puede llorar.

En ese hueco de abrazo hondo y honesto, puede.

Sobre el cuerpo blando de su amiga, puede.

Se hace un bollito y pone la cabeza sobre las piernas cruzadas de Marilú y quedan

así hasta que los arrolladitos empiezan a oler desde el horno y hay que sacarlos para que no se quemem.

Cae la tarde.

Siguen enroscadxs en el piso de madera arriba de la alfombrita y los almohadones.

Abren la compu y ponen Great Freedom por tercera vez en la semana.

Aman a todos los protagonistas.

-Me puedo quedar a dormir?

-Sí, claro. Es un día triste.

Marilú se levanta y abre un vino. Acerca una manta. Toma un trago del pico y se lo pasa.

Miran la peli en silencio y el vino va bajando.

Comen tarta de verdura que quedó del día anterior y suben al altillito donde está el colchón de dos plazas sobre las tablas de madera y casi nada más.

Se desnudan otra vez. Se abrazan. Vuelven a enroscarse en sus cuerpos y en sus caos. Gimen. Se chupan. Se complacen. Se acarician. Se besan. Se agarran del otro cuerpo como ancla. Como isla. Como lugar seguro.

Se duermen.

Pepita la Pistolera duerme con ellxs en el medio de la cama.

Vuelve al living de su departamento en la mañana fría.

El sol entra a esa hora por la ventana grande con marco de madera pintado de blanco.

El sol y él bailan un rato en el medio del living vacío.

Pero de pronto, así, sin previo aviso, lo inunda una ola de tristeza tremenda y se queda sin aire. No puede seguir ni girar ni saltar ni contornearse ni nada.

Sólo puede bajar al suelo y agarrarse de las rodillas y poner la cabeza adentro formando un huevito humano.

Le viene la voz de su padre cuando él aún era un niño y vivían todxs en ese departamento.

La voz que es un grito, una recriminación,
una humillación, un zumbido de golpe.

Hace veinte años que ya no está ahí pero
los gritos todavía retumban en las
paredes.

Lo gritos del padre y los silencios de la
madre.

Y los llantos de la hermana.

Y su propio silencio.

Su propio no-llanto. Porque jamás va a
llorar frente a ese infeliz. Nunca. Nunca le
va a dar el gusto de lastimarlo, de
romperlo.

Que le diga lo que quiera. Él va a
permanecer ahí, con su mueca burlona en
la cara helada.

Su cara de siete años que ya sabe todo,
que ya entendió todo. Que sabe que al
sádico lo único que no le va a dar nunca
es el placer de su dolor.

Y después el abandono. Y ahí el enroque, el llanto de su madre, el silencio de su hermana.

Pero él no. Él no cambió nada. Siguió siendo el mismo flaquito burlón que juega a sobrevivir.

Aún cuando aprendió a bailar le resonaban todavía los gritos del viejo de mierda gritándole por cualquier cosa, humillándolo por cualquier cosa. Y cada vez que daba un paso en falso, le volvían los gritos del viejo de mierda diciéndole cosas de mierda.

Lastimando a un niño chiquito.

Qué gente de mierda tiene que ser alguien para lastimar a un niño chiquito.

Y dar golpes. Y dañar adentro.

A un niño chiquito y a una niña. Y a una mujer, una madre. Y romperles por dentro los tejidos que componen el ser. Deshacer con violencia la maya de músculos,

sangre, huesos y conciencia, que forman el ser.

Su madre murió un día cuando ya consideró que podía morir y dejarlx solxs. Y su hermana murió otro día que pensó lo mismo.

Él no. Él no pensaba morirse nada.

Él pensaba quedarse en este mundo y tomarse hasta la última puta gota de vida.

Sí, PUTA, gozosa. Hambrienta. Voraz.

Después se da un baño y mira su cuerpo flaco y desgarbado en el espejo largo del cuarto. El pelo le llega hasta las piernas cuando está suelto y mojado. Es negro negrísimo.

Siempre pensó que debía tener el pelo de su abuela que alguna vez le contaron que era diaguita. La mamá de su mamá a

quien nunca conoció y de quien casi nunca se hablaba porque murió cuando su madre era bastante chica.

Y además porque en su familia no se hablaba de nada.

Porque su padre antes de irse sólo gritaba y golpeaba cosas y cuerpos, y una vez que se fue todo quedó lo bastante triste como para que nadie quisiera hablar.

Su mamá trabajaba cada hora del día que se pudiera y cuando no trabajaba era como una cascarita hueca.

Todavía no sabe por qué milagro el viejo de mierda les dejó el departamento.

Intuye que porque no los podía desalojar o algo así. Si no no hubiera dudado un minuto en echarlos a la calle. Seguramente al grito de alguna cosa horrible que prefiere no recordar.

Pero cuando él era más chiquito, y no sabe bien por qué o qué pasó, su papá no

era así. Lo acompañaba a la cama y le leía un cuento todas las noches. Y lo llevaba a pasear al parque y a comer helado. Le enseñó a andar en bici con rueditas.

Le lavaba la cara con su mano grande. Recuerda con brutal intensidad el tacto en la cara de esa mano y el olor de esa mano. Una mano que en ese momento era un lugar seguro.

Pero no sabe qué pasó y un día de pronto empezó con algo chiquito, una subida de tono en algo, una frase más hiriente en alguna otra cosa por algún detalle... y así, de a poco, ese señor que había sido, no existió más. Fue devorado por un monstruo que tomó su lugar.

Y para Lucas, que había amado a su padre, el odio o la rabia o la bronca que vinieron después, no pudieron nunca quitarle esa sensación en el pecho de que en algún lugar alguna vez allá lejísimos, algo verdadero y tierno, hubo. Y aunque trataba por todos los medios de ser racional y borrar esa sensación que lo

hería constantemente porque las pruebas estaban más que claras que si de verdad alguna vez fue así, ya no lo era más. Igual no podía.

Se le instalaba en el pecho esa sensación de nido/amor perdido que vivió hasta los cuatro o cinco años, y no se le iba por más que tratara.

Se transformaba en un agujero negro que lo chupaba hacia adentro y no había fuerza que lo pudiera sacar de ahí.

Luchaba constantemente con esa distorsión. Porque su realidad y su vida de ser pequeño fue abruptamente modificada sin previo aviso, de manera tajante y dolorosa, dejándolo completamente desvalido y abandonado a su suerte más tremenda.

Ni siquiera se acuerda cómo eran su madre y su hermana en aquel tiempo porque el recuerdo del horror que vino tragó de manera inexorable todo lo anterior. Toda vida medianamente feliz o

tranquila o lo que sea, fue borrada de su memoria.

Cuando por fin el viejo se fue y la casa debería haber quedado más tranquila o amigable, no pasó. Porque su madre, educada en los pasillos más siniestros del patriarcado, no podía concebir su vida sin un señor al que complacer, o peor aún, no podía soportar la idea de que el señor al que debía complacer, se haya visto más complacido en otra casa y con otra mujer.

En lugar de sentir un alivio tremendo, que fue lo que sintió Lucas la primera noche que no tuvo que temer por su vida y pudo dormir a pata suelta en su cama sin tener que taparse hasta la cabeza con las sábanas como si fueran un escudo protector de insultos y posibles golpes; en lugar de eso, ella, lloraba el abandono.

En el instante en el que el portazo definitivo lo dejó afuera con todas sus valijas, Lucas respiró. Y su mamá se hundió más que con los golpes e insultos.

Y su hermana pasó a ser un ente. Un ente fantasmagórico que flotaba por la casa como un soplido gris.

Mientras fue niño, cada tanto era obligado a visitar a su padre en su nuevo departamento de la calle Callao donde vivía con Miriam, que era una mujer encantadora. Y el muy reverendísimo hijo de un camión de yutas, fingía ser un padre amoroso en su presencia.

Después entendió que posiblemente era ella la que le pedía que lo visitaran sus hijos, sin saber nunca el monstruo que había elegido por marido. Y también entendió que posiblemente para quedar bien con ella, fue que nunca dejó de depositar la pensión correspondiente ni los dejó sin obra social y cosas por el estilo.

De a poco eso se fue diluyendo también en la nada y dejaron de ponerles, a él y a Magda, sus mejores ropas cada tanto algún domingo, para ir hasta Callao en el

109 con su mamá llorando en silencio o refunfuñando bajito.

Pero a él Miriam le inspiraba una profunda ternura. Así que aunque odiaba el papel que desempeñaba el forro de su padre en su presencia, le encantaban las galletitas caseras de limón que ella les preparaba y el submarino con chocolate Águila y leche con espumita que les servía en unos vasos altos con cucharas largas como la de los bares.

Y después de unos años de ya no verse obligadxs a visitarlx, ella empezó, cada tanto, a llamar a su casa a ver cómo estaban.

Y también recuerda que una vez, él no estaba tan bien y ella le propuso de encontrarse en un bar para charlar, y se encontraron.

Nunca pudo decirle lo mierda que era su padre y como la estaba engañando con su personalidad fingida pero ese día no hizo falta porque ella algo entendía de las

cosas y sin necesidad de que él le diga nada de eso, escuchó su problema que era más bien de índole vocacional y de preocupación con el futuro, el estudio, el trabajo y esas cosas.

Y ella, como si ya supiera todo, así nomás, sin mediar mucha explicación, sacó un fajo de billetes envueltos en un sobre de papel madera de su cartera, junto con la tarjeta de una escuela de danza y le dijo que con esa plata podía tomar un año de clases sin preocuparse por nada más. Que lo haga, que estaba segura que esa era su vocación y que iba a ser feliz en ese camino.

Así nomás. Con el cariño que sólo alguna gente es capaz de tener.

Por qué estaba una mujer así con un chabón de mierda como su padre, es un misterio que hasta el día de hoy no puede entender.

Y lo hizo, agarró esa plata y la tarjeta de la

escuela de danza. Y ese año le cambió la vida.

Mientras en su casa todo era gris y denso, él era colorido y etéreo. Podía volar en cada salto y en cada giro, y deslizarse por el piso creando las figuras más maravillosas llenando el aire de colores brillantes.

Tenía quince años y era alto y desgarbado.

Empezó a ir a las clases de danza después del colegio. Lo acompañaba su amiga Lula que también bailaba. Cruzaban la ciudad desde Flores hasta San Telmo mientras merendaban en el colectivo.

Fue por esa época que su mamá se enfermó, pero se aguantó hasta que él tuviera dieciocho para morir. Como en un cálculo ridículo, esperó a su mayoría de edad para que no tuviera que terminar bajo la tutela paterna.

Pasó el último tiempo internada por el PAMI, cubierta por unas sábanas verde

agua totalmente almidonadas. Enchufada a aparatos y casi completamente drogada para que no sienta el dolor.

Lucas y Magda se turnaban para cuidarla. Se cruzaban en el pasillo del hospital y se saludaban con un beso rápido y nada más. Casi no hablaban ni compartían sus sentires.

Lucas trataba pero Magda era una pared helada imposible de franquear.

En el cuarto compartido la otra gente iba y venía pero no hablaba con nadie en particular.

Su mamá casi nunca estaba consciente pero cuando sí, milagrosamente, empezó a darle la mano, a hablarle con ternura y a mirarlo. Sí, parece re loco pero Lucas no recuerda haber sido mirado por su madre hasta esa instancia hospitalaria.

De todas formas no podía ir todos los días porque iba al colegio en Flores, vivían en Paternal, las clases de danza eran en San

Telmo, y además tenía que estudiar y ensayar, así que más que nada la visitaba los fines de semana y algún otro día que agarraba justo el horario de visita en el medio del resto de la vorágine cotidiana.

Y Magda, que ya había terminado el colegio y empezado a trabajar como cajera en un supermercado, también iba cuando podía.

Seguían viviendo en la misma casa pero casi no se veían.

Magda casi no tenía vida social pero siempre andaba con algún chabón medio celoso, opresivo o cosas así, y aunque Lucas tratara de acercarse no lo lograba nunca.

Había un abismo entre ellos pero él la quería y trataba todo el tiempo de acercarse, pero no. Era imposible.

A veces llegaba a la casa con alguno de los pibes con los que andaba, que eran siempre los típicos chabones que ponen la

tele con el fútbol al palo y le gritan a la pantalla con la garganta pelada todos los insultos racistas, sexistas y homofóbicos del mundo con total impunidad.

Y él, que al principio trataba de congraciarse y de arrimarse un poquito para compartir, entonces buscaba unas latas de cerveza, convidaba y se quedaba cerca, después del tercer o cuarto insulto asqueroso que escuchaba, se despedía amablemente y se zambullía en su cuarto o en la noche de la calle.

Después Mirta, su mamá, se murió.

Magda y su novio del momento se ocuparon de todas las formalidades como si fuera un trámite bancario.

Después del entierro la casa se sintió más sola aunque en realidad hacía un montón que Mirta ya no estaba.

Él lloró. Magda tal vez lagrimeó un poquito pero nada más.

Pero un día, un tiempo después, un par de meses tal vez, Magda entró en un edificio alto, y no se sabe aún cómo, se coló en la terraza, y se tiró.

No dejó carta, no dejó indicaciones, no dejó nada.

Sólo se fue de este mundo como quien se toma el tren a Tigre.

Sin dramas ni formalidades.

Lucas piensa seguido en ella. Piensa que tal vez podría haber vivido cincuenta años más con la misma parsimonia y silencio vacío pero que por algún motivo decidió no hacerlo.

Por algún motivo nunca expresado decidió que ya estaba. Que con los veinte que había vivido ya estaba bien, que no necesitaba más. Que el mundo nunca le iba a dar lo que ella quería o necesitaba y que ella tampoco tenía nada que al mundo le interesara recibir. Y que a

cuento de qué una persona debía pasarse la vida atrás de una caja de supermercado contando dinero ajeno para llegar a casa con algún boludo de turno y escucharlo mientras le grita a la pantalla y después coger en su cuarto -en la misma cama que tenía desde niña- un garche así nomás, en general malo o malísimo. Porque esos tipos que le gritan mucho a la pantalla cogen como el orto.

Para nada. El precio de vivir era demasiado alto sin que hubiera ninguna gratificación a cambio. No tenía sentido.

Y con esa mente práctica que aprendió a tener desde niña con los insultos y malos tratos de su padre y después la constante angustia y depresión de su madre, tomó la decisión que le pareció que tenía que tomar.

Y Lucas la entendía.

Nunca pudieron hablar mucho pero la entendía.

Nunca le pareció una persona con muchas luces ni con una profundidad destacable, pero en ese último acto, él la entendió y la respetó.

El viejo de mierda tuvo que hacerse cargo de los trámites y de todo. Él no estuvo presente en nada.

Sabía que Magda no estaba ahí y que no era lo que ella hubiera querido, que él tuviera que verse envuelto en eso.

Unos días después de llorar en soledad, vació el cuarto, regaló todo y lo que no pudo regalar lo puso en la vereda y decidió que el único altar que construiría para su hermana era un pedazo de corazón tierno que ella no pudo tener porque la lastimaron desde siempre. Y ahí, le haría un nicho bien adecuado para que mientras él viva, un cacho de ella viva también. Y que en ese cacho, le toque la parte linda, o por lo menos la parte viva de la vida.

Ya había terminado la secundaria a fines del año anterior y estaba en los primeros pasos de la UNA.

Todo su mundo había cambiado en menos de un año.

Estaba solo pero sabía quién era. Estaba triste pero no tenía miedo.

Entró a la UNA con su amiga Lula, que era desde primer año del secundario su secuaz inseparable en la vida y en la danza.

Desde que viajaban a la salida del colegio de Flores hasta San Telmo comiendo manzanas verdes cortaditas y brownies de chocolate que la mamá de Lula preparaba prolijamente y ponía para lxs dos en un tapper con tapa celeste y rosa, se habían unido aún más y en forma definitiva.

Hablaban de todo y sin parar eufóricamente. A veces después de la clase o de algún ensayo se iba a su casa a dormir y seguían hablando toda la noche al mismo ritmo frenético. La mamá le dejaba un colchón en el piso en el cuarto chiquito que Lula tenía a un costado de la cocina, y él acomodaba ahí su cuerpo largo y finito.

Al otro día les preparaba el desayuno y se iban caminando a la escuela muertos de sueño pero felices y con miles de ideas revoloteándoles en la cabeza.

Cuando ellos estaban en tercero a Lula le gustaba uno de quinto, así que gran parte de las conversaciones eran sobre cómo hacer para que el pibe le diera bola.

Armaban estrategias que no llevaban a cabo nunca pero les parecía divertidísimo hacerlas.

La realidad fue que un día, así de la nada, el pibe este se acercó a ella en el patio, le dijo algo y ella se rio. Y eso fue todo. Ella se rio y fue como si toda la vida hubieran

hablado y se hubieran reído de las mismas cosas.

Bastián se llamaba y a partir de ese día fueron inseparables lxs tres.

No se sumó a las clases de danza ni a los ensayos pero sí al resto de las salidas, paseos por barrios lejanos, tertulias literarias en bares o en alguna de las casas, cine debate después de ver pelis en alguna cueva de internet, robar libros en librerías y todo lo demás.

Y se enamoraron como se enamora la gente cuando tienen quince y diecisiete años, y son hermosos.

Lula, Bastián y Lucas pasaron a ser una unidad indivisible caótica, colorida y estridente que andaba por la ciudad llevándose puesto todo.

Cuando Bastián terminó el colegio y empezó a cursar el CBC de arquitectura en FADU, se la pasaban yendo hasta Ciudad Universitaria a visitarlo cada vez

que tenían un rato. Viajaban media Buenos Aires en colectivos estallados sólo para verlo entre clases pero les parecía una aventura maravillosa.

Lo veían llegar bajando las escaleras mientras ellxs lo esperaban en algún rayo de sol en el invierno helado y lo agarraban, cada unx de un brazo y así andaban un rato por ahí, persiguiendo el rayo de sol mientras se fumaban uno y se reían ruidosamente. O tomaban cafés feos en vasitos de plástico mientras daban saltitos chiquitos para calentarse.

Cuando ellxs egresaron las visitas se hicieron más espaciadas y se fueron alejando.

Seguían hablándose como siempre por mensajes pero en la práctica casi no lo veían.

Ese verano pasó lo de Mirta. Unos meses después, lo de Magda.

Buscó la soledad y se hundió en ella. Se hundió hondo y sin remedio.

Cortó todo lazo con el afuera.

La única que sabía todo era Lula y era a la única que dejaba entrar en su mundo.

Iba a clase, trabajaba cada tanto de alguna cosa, pero no tenía intimidad con nadie ni con nada.

Después de dejar su último trabajo fue que decidió que iba a bailar en las plazas.

Basta de tener que tratar con gente que no le interesaba.

Armó una perfo y fue un día de semana al Parque Centenario.

Había poca gente y le pareció que era perfecto. Eligió un lugar cerca de la entrada del camino que viene del mástil, puso música en un parlantito chino, cerró los ojos, tomó aire hondo y fue con todo el cuerpo y se hizo sonido en acción.

Cuando despertó del trance escuchó aplausos y vio que dentro del sombrero de hongo al estilo la Sabina de Kundera, había varios billetes.

Ese día dio por cerrada su búsqueda laboral.

Encontró lo que quería hacer y lo que le permitía vivir como se le daba la gana.

Fue hasta lo de Lula y le contó la experiencia.

Ella estaba bailando con una compañía de danza que la había contratado y le pagaban bastante bien.

Él trató pero no se adaptó. No quería trabajar con otras personas.

Lo intentó pero no pudo. Vivía a diferente tiempo. Se había acostumbrado a la soledad y salir de ese lugar implicaba perderse, no saber lo que quería decir y sólo mover el cuerpo por moverlo.

En un momento encontró en la danza un lugar sagrado. Su cuerpo se encendía con

alguna música en particular, pero más que nada con algo que le latía adentro. Era como una hoguera viva que incendiaba el aire.

Y ese ritual que encendía la llama lo lograba en soledad.

Se metía para adentro como en un huevo y salía encendido y brillante.

Cuando estaba con otrxs eso no le pasaba.

Hacía movimientos, seguía coreografías, pero perdía totalmente la conexión con lo que quería decir. Con lo sagrado.

Lula lo animó a que siguiera y le dio algunas opiniones sobre vestuario y lugares interesantes en la vía pública para ser intervenidos por esa danza.

Lo primero que hizo Lucas cuando se enteró lo del viejo fue escribirle a ella sabiendo que iba a ver el mensaje en algún momento de su noche.

Estaba en Londres hace casi un año y los horarios nunca les coincidían.

La ida de Lula le afectó probablemente más que todas las muertes que cargaba.

Era su mejor amiga, su confidente, su amante a veces, su todo en el mundo.

Tenía otras amigas y amigos, tenía otros y otras amantes, pero no se podía ni imaginar teniendo que tomar una decisión cualquiera en su vida y que ella no estuviera ahí para darle consejo y acompañarlo.

Fue tremendo.

Le insistió un montón para que la acompañara, hasta le coordinó una reunión en la compañía donde estaba trabajando, pero él no quiso.

Para Lula también fue durísimo separarse de Lucas.

Ella tampoco podía imaginarse la vida sin él cerca.

Pero habían crecido y tenían que tomar decisiones de índole laboral y de vida en general. Y le salió una oportunidad increíble en una compañía increíble con una propuesta estética que amaba y con un salario buenísimo.

No podía decir que no. Y no podía obligar a Lucas a que la acompañara del otro lado del mundo si para él no era un plan.

Fue la despedida más larga y triste del mundo.

Duró como dos semanas y mil botellas de vino.

Después la acompañó hasta Ezeiza y lloró todo el camino de ida y de vuelta. Y mientras esperaban que la llamen a embarcar también.

Volvía en el auto de la mamá de Lula empañando toda la ventanilla del acompañante y ella le hacía caricias en la cabeza cada vez que paraba en un semáforo.

Lula lloró también gran parte del vuelo. Pero después, como todo aquel que empieza un gran viaje, su cuerpo se llenó de adrenalina y la euforia le ganó al resto de los sentidos.

Se hablaban todos los días por mensajes de audio y se contaban las cosas de siempre. Sólo estaba ese delay que se interponía por los horarios. Pero a pesar de todo, la comunicación no dejaba de fluir y de hacerse compañía en todo momento.

Eso había sido hace un poco menos de un año.

Ahora acá era otoño y en Londres primavera.

Acá todo estaba amarillento y anaranjado

en las veredas y allá empezaría de a poco a apartarse las nubes y el frío.

Cuando Lula vio el mensaje de que el viejo de mierda había muerto fue uno de los días más terribles que pasó desde que llegó.

El teléfono estaba en su bolso durante el ensayo y no lo vio hasta las tres de la tarde.

Cuando lo llamó él ya había apagado el teléfono y no volvió a encenderlo hasta que salió del funeral.

Escuchó el mensaje de Lula pero no le pudo contestar. No sabía ni que decirle. La quería cerca. Se hubiera tomado un avión para ir a verla ya. Pero no tenía un peso ni ninguna posibilidad. Ni pasaporte tenía.

Agarró el parlante y se fue hasta Recoleta. Era jueves a la tarde y estaba nublado, de esas nubes súper densas y grises que hacen que a las cuatro de la tarde parezca de noche.

No había casi nadie más que algunos turistas brasileiros.

Eligió un lugar cerca del muro del cementerio pero del lado del pasto.

Sabe que sólo van a acercarse las personas que quieran verlo porque no está en el paso.

Y eso es lo que busca. Una conexión al aire libre con la gente que el azar ponga en su camino, o lo ponga a él en el camino de esa gente.

Y así, de a poco, se van acercando.

Se forma un grupo pequeño, un semicírculo de unas diez personas que primero lo miran de lejos y de a pasitos cortos, lo van rodeando desde más cerca.

Y la música, que es a un volumen que no llega a ensordecen los ruidos de la ciudad, acompaña a ese cuerpo en movimiento.

Esa conjunción urbana de sonidos, junto con la que sale del parlante, son la música que él baila.

Es el mundo sonoro en donde su cuerpo gira, se contornea, vuela y se arrastra. Ruidos que marcan el ritmo del mundo y de las cosas.

Y ahí adentro de esas paredes transparentes, es que su fortaleza está firme.

Lo aplauden.

Le ponen billetes de colores en el sombrero negro kunderiano.

Saluda con su sonrisa hermosa y se va.

-Nos tomamos una birra?

Siente la voz de un chico atrás suyo y gira.

Tiene un gorrito de lana de muchos colores que le tapa las orejas y una bufanda azul oscuro que le tapa la mitad de la cara.

Sólo le asoman unos ojos negro intenso y una piel oscura y brillante.

Un segundo demoró en decir un abierto y contundente Sí.

-Dale.

-Conozco un chino para allá -dice Lucas y encaran por Alvear.

Compran dos latas y salen.

-Juan.

-Lucas.

Brindan y se dan un beso largo y hondo.

Cae la tarde. Hace frío y los atardeceres de fin de otoño son eternos y rojos.

Hay olor a humo que sale de alguna parte.

Habrà alguna chimenea encendida.

-Vamos a mi casa? No está tan cerca pero tiene una ventana que se puede ver la salida de la luna.

-Sí, tengo frío – contesta Lucas y se le pega al cuerpo.

Caminan por Las Heras, doblan por Coronel Díaz.

El frío les tiene las manos heladas. Lucas mete la mano en el bolsillo del sobretodo negro de Juan y la otra en su propia campera.

-Escuchá esto, se llama Weh.

Y Lucas siente los auriculares en sus oídos. La música lo llena.

Se mete adentro de su bufanda de colores y sigue caminando así un rato más. Coronel Díaz termina. Se meten por Soler o una de esas.

En una esquina Juan dobla un poco y saca las llaves.

Una puerta de reja negra y vidrio. Muy Palermo.

A Lucas no le gusta demasiado Palermo pero se deja hacer.

Suben una escalera de mármol blanco y muy empinada. Arriba hay mucha gente en una especie de living.

Saludan con la cabeza y siguen subiendo una segunda escalera caracol que lleva a una terraza con un cuarto minúsculo que da a una especie de terraza.

En la terraza hay cinco macetas con plantas en un invernadero improvisado y tres aloes en una sola maceta larga.

En el cuarto hay una cama con un acolchado bordó oscuro de algo así como raso con dibujitos de flores también en raso.

-Querés fumar? - dice Juan mientras saca un frasco con tapa azul de plástico llenito de flores.

Lucas dice que sí con la cabeza pero en realidad le da lo mismo.

Lo que quiere es acostarse en la cama con el acolchado bordó y olvidarse de todo.

Juan prepara un porro y saca un vino de algún lugar que Lucas no vio.

Fuman un rato y toman del pico. Es un buen vino. Deja en el paladar esa sensación de vino caro.

Se besan largo.

Se desvisten de a poco.

Todo dura como si el tiempo pasara en otra parte. En algún otro lugar lejano.

Se acarician despacio mientras la ropa desaparece.

Tienen cuerpos dulces y los habitan dulcemente.

Se habitan dulcemente.

Es el inicio de la tarde.

La tarde del día siguiente que se quedó a dormir en lo de Marilú. Hace tres días que se enteró de lo de su papá, dos días que amaneció en lo de Juan, un día y medio del funeral. Y así.

El último mensaje con Lula ya era sobre cualquier cosa. Lo trágico había pasado y podían enfocarse en que ella le cuente sus aventuras y desventuras con el pibe que le gustaba ahora que era un bailarín de lo más coqueto y con el que estaban empezando algo.

Le mandaba fotos del chabón frente a un espejo redondo con bufandas de plumas fucsias, torso desnudo y calzas negras, un aro enorme plateado en la oreja derecha y

un sombrero de copa como el de los magos.

-El pibe que te estás cogiendo es igual a mí. Ya pensaste en hacer terapia, querida?

-Nada que verrrrrrr jajajajaa

-Tiene el mismo cuerpo que yo y usa la misma ropa. Lo único que no tiene es mi pelo. Pero hasta en la cara y la mirada se me parece. Sólo que yo no hablo en polaco. Ni vos, claro. Pero deben hablar les dos ese inglés falopa del colegio.

-Nada que ver. Primero, mi inglés está excelent! Segundo, Andrei no habla polaco sino estonio, y su inglés es muyyyy bueno. Tercero, por ahí te extraño y me garcho gente que se parece a vos. Y qué? Eso no amerita terapia, amerita que saques el pasaporte, juntes plata y me vengas a ver de una vez!

Lucas sabe que tiene razón. Que tiene que sacar el pasaporte, juntar plata e ir a verla.

Porque sí. Porque la extraña y porque viajar debe estar buenísimo.

Pero no lo hace.

Sabe que un día sí, pero que todavía no.

Tampoco sabe bien por qué pero sabe que un día va a sentir que es el momento y ese día lo va a hacer y listo. Como tantas cosas.

-Yo también busco gente igual a vos, lo que pasa es que no encuentro porque you are unique. Kiss, Kiss, my darling. I miss you and i love you so much forever and ever.

-Jajajaja, sos un tarado.

Esa noche sale a caminar por el barrio con una latita de cerveza en la mano y una playlist cualquiera en los auriculares.

Hace un frío filoso y se le congelan las puntas de los dedos que sostienen la lata.

Recién ahora se le ocurre que tendría que haberse comprado un vino tinto pero ya es tarde y no hay ningún chino abierto.

Camina sin pensar dónde va ni en qué calle dobla o si sigue derecho.

Sólo se concentra en la música, en el frío y en andar.

Algunas calles forman túneles de árboles y las luces amarillentas de los faroles casi no llegan a tocar el suelo, y quedan así, en la casi oscuridad.

Entonces la marcha de un pie tras otro es como un sueño tenue sobre la corteza del mundo.

En un momento dobla por San Martín que para él es una de las avenidas más feas de la ciudad. De noche es aún peor porque se le nota más la decadencia ecléctica.

Se siente cómodo en esa fealdad y decadencia pero dobla en la primera

esquina que aparece, camina media cuadra hacia la izquierda hasta que elige un escalón de mármol blanco junto a una puerta de rejas negras y vidrio, y se sienta un rato.

Casi no pasan autos ni gente. Hay alguien en la cuadra siguiente paseando un perro grande y trasnochado.

Es martes y la ciudad finge que duerme.

Mira para en frente y en uno de esos edificios de pocos pisos ve una pareja discutiendo.

Son gente de mediana edad y están bien al lado de la ventana. Los puede ver perfectamente, hasta el color y el tipo de ropa.

No distingue los rasgos pero sí puede verles los gestos y casi les escucha las voces.

Se queda hipnotizado con la discusión.

Es uno de esos edificios de dos pisos que fueron blancos y hoy son apenas blancuzcos, casi grises, con balcones medio redondeados que abarcan casi todo el frente y tienen ornamentos de concreto como columnas clásicas y cosas así. Parecen de los años 50 del siglo pasado tal vez... y son típicos de la ciudad y de ese barrio.

Se ve que no se gritan. Que tienen contenido el grito. Lucas se imagina que estarán lxs hijxs durmiendo y que por eso no gritan.

La mujer gesticula y mueve las manos con desesperación y el hombre está rígido, asiente a veces con la cabeza, pero casi no habla. Y cuando lo hace, lo hace en un tono más tranquilo y conciliador que el de ella.

Hay desesperación y tensión en el ambiente pero no va a pasar nada. Nadie le va a pegar a nadie y nadie va a morir en ese departamento. Por lo menos no hoy ni por esa discusión.

Se ve que es algo habitual en las relaciones

de ese tipo del mundo adulto.

Lucas se imagina que discuten por plata, por la educación de lxs hijxs, por quien tiene que ordenar la cocina o sacar la basura... o cosas de ese tipo.

En su casa las discusiones de sus padres nunca eran así.

Su mamá nunca gritaba ni hablaba fuerte, ni tampoco tenía los gestos amplios de la mujer de enfrente. Y sobre todo, su papá nunca jamás se quedaba callado asintiendo con la cabeza. Repartía golpes y gritos sin ahorrarse nada, como si se le fuera la vida en cada subida de tono, como si ganara puntos cada vez.

El perro trasnochado se acerca. Trae a rastras a una chica bajita con pelo rojo, piyama y una campera larga que le llega casi hasta los pies.

La chica no lo había visto y cuando pasa por al lado se sobresalta.

Lucas sonríe y agacha la cabeza en señal de saludo.

Ella sigue su camino y le dice hola.

La mujer de arriba se saca el pulóver rojo y se queda en camiseta blanca. El hombre sigue abrigado con un buzo negro con una lengua de los stones.

Un señor de unos cincuenta años, calvo, con anteojos y con un buzo rolinga. Y ella con el pelo rubio de peluquería, más o menos de la misma edad y con camiseta blanca.

En un momento ella para. Se queda callada un rato y mira por la ventana. Mira la nada o el infinito o la calle. De pronto se chocan las miradas.

Lucas se siente descubierto. Se muere de vergüenza pero no hace nada, se queda ahí y sostiene la mirada.

Ella se queda helada unos segundos porque también se siente descubierta. Espiada en

su intimidad medio de arpía. Sabe que no es una arpía pero siente que si alguien presencié esa discusión, y sobre todo, no escuchó sus argumentos, seguro que piensa eso.

Así que también le sostiene la mirada y le sonríe. Él también le sonríe. Ella se da vuelta y le estampa un beso al hombre que no entiende nada pero se rinde a la ternura.

Ella le dedica una última visión de su cuerpo sin camiseta y apagan las luces.

Lucas queda solo en la vereda fría. La birra murió hace mil años.

Emprende la marcha a paso lento.

Vuelve a cerrar la puerta empujándola con la mano porque No Cierra Sola.

Lo despierta el timbre que se repite y se repite incesante.

Alguien que busca al doctor. No, es el piso de abajo. Ay, disculpe. Sí, no hay problema.

Ya está.

El sueño se rompió, ya es de día y hay que vivir y todo eso.

Mientras prepara el mate con yuyitos trata de atrapar las moléculas del sueño que se le escaparon mientras saltaba de la cama.

Le quedaron sensaciones como de burbujas que se escaparon y explotaron en el aire.

Sí recuerda una pollera larga tipo india con flores y su brazo abrazando a la persona que estaba dentro de esa pollera, por la cintura.

Ni idea quien era la persona.

Capaz sea la mina de ayer que se sacó la camiseta y le regaló esa última visión de tetas antes de apagar la luz y zambullirse en la cama y el sexo con el señor pelado rolinga.

Puede ser...

Todo puede ser a esa hora del miércoles en Buenos Aires.

Hace su rutina básica de elongación matutina antes de tomar el mate que ya está listo y esperándolo en la mesada de la cocina.

Los azulejos amarillos medio curvados y redondeados en las puntas, mesada de granito marrón, cocina con horno y

hornallas, blanca, y de hace como setenta años o tal vez más, quién sabe.

Todo es viejo en ese departamento. Ya era viejo cuando él nació.

Y sigue igual.

El palier, la puerta de entrada, las escaleras. Todo tiene ese olor a que montones de cuerpos durante distintos períodos históricos, pasaron por ahí.

Tristes, felices, ocupadx, relajadx, amantes, novix, madres, padres, ancianxs, lo que sea.

La manera que tiene esta ciudad de existir es extraña. Es tremenda y extraña.

Lucas no conoce otras ciudades ni casi ningún otro lugar pero intuye o le parece que nada en el mundo debe ser como Buenos Aires.

Se da cuenta que de verdad tiene que viajar.

Cuando vuelve a la cocina a agarrar el mate se da cuenta que es así.

Que no puede ser que su mundo se reduzca a esa casa, a ese barrio, a esa ciudad.

Necesita viajar para por lo menos enriquecer sus comparaciones urbanas.

Cuando andaban con Bastián había aprendido un montón sobre urbanismo.

Además Bastián tenía un montón de libros de arquitectura con fotos de ciudades, edificios, casas, monumentos, museos, parques, fuentes.

Su papá y su hermana mayor también eran arquitectxs y la biblioteca de esa casa era una locura de alucinante.

A veces se quedaban a dormir varios días seguidos, sobre todo porque en esa familia todxs se la pasaban viajando. Entonces tenían un montón de días la casa para ellxs.

Era en pleno Flores y de afuera sólo era una puerta de madera sólida en una pared verde musgo opaca.

Tenía un picaporte de bronce comprado en un remate en el campo y una bola también de bronce haciendo juego. Pero nada más.

De afuera ni te podías imaginar que cuando esa puerta se abría, adentro era otro mundo.

El piso era casi todo de madera antigua y otras partes de cemento liso.

Tenía un jardín atrás donde se podían contar estrellas, ver eclipses, manguerearse en verano, llevar los libros de la biblioteca y conversar noches enteras sobre cualquier cosa.

Bueno, ahí fue que entendió por primera vez de forma consiente, que el orden de las ciudades, sus calles, plazas, lugares públicos, el ordenamiento de los barrios en cuanto a períodos arquitectónicos de

construcción, de clase y demás sutilezas; influyen de manera constante en el habitar de la gente. En su manera de ser, estar y relacionarse con los demás.

A partir de ese descubrimiento que hicieron los tres una noche en el jardín a raíz de unos cuantos libros con fotos, algún intercambio de ideas y mucho alcohol y marihuana; empezaron a hacer salidas más allá de los límites de los barrios en los que vivían o a los que tenían que ir por motivos prácticos.

Elegían una esquina al azar y se sentaban en el cordón de la vereda a mirar la gente que pasaba. Después daban unos recorridos por todas las calles y rincones de esos barrios y se volvían a alguna de las casas a analizar su trabajo de campo.

Mientras andaban por esos lugares nuevos a sus ojos, no analizaban nada. Solo se dejaban ir y disfrutaban de la novedad.

Los olores, las miradas de la gente, los

bancos de las plazas, las ranchadas en las esquinas o los parques.

Iban caminando, a veces con latitas de birra en las manos, otras con nada. Tratando de entender el mundo. Mezclándose como podían en ese universo nuevo que se abría a veces a unas cuantas paradas de bondi o de tren, o a veces más pero nunca un montón.

El recorrido de los bondis o del tren que los llevaba, era ya una iniciación.

La geografía cambia drásticamente de lugar en lugar. Y ellxs, con sus 16 o 17, y Bastián con sus 18 y 19, eran las primeras incursiones a Lejos.

Hay gente que se muere de vieja y nunca fue a ninguna parte llamada Lejos.

Vive todas sus vidas en lugares Cerca. En sus barrios, en sus plazas. Cuando visita a sus tíxs, a sus abuelxs, a sus primxs, cuando van al banco, al médico, a hacer deporte, a ver amigxs. Todos sus círculos están armados por

gente que habita lugares similares a su propio espacio.

Incluso cuando viajan, van a Cerca. Se pueden ir del otro lado del mundo pero igual es Cerca.

Todo sigue teniendo sus códigos de olor y vestimenta, de orden, de modos.

Ellxs iban a Lejos, aunque quedara a veinte cuadras de sus casas.

Y esas excursiones a esos mundos fueron moldeando sus personalidades y percepciones.

Todo cambiaba alrededor y ellxs cambiaban también.

De hecho, uno de los factores que hizo que Lucas quisiera bailar en la calle y en las plazas, fue ese. Querer habitar los espacios con su cuerpo.

Va a Recoleta o al Centenario cuando necesita más plata, pero también va a

placitas en otros barrios, a estaciones de subte o de tren por donde pasa la gente que viene o va al laburo.

Algunas veces al mes, se levanta muy temprano y está a eso de las siete u ocho de la mañana en alguna estación de tren o de subte para poder bailar con ese público. Con las señoras que llegan a limpiar casas que no son las suyas y a cuidarles hijxs que no son lxs suyxs. Y con los señores que vienen a construir casas y departamentos que nunca podrán habitar.

El sombrero también a veces venía abultado esas mañanas.

Y cuando llueve esa experiencia se hace más jugosa y patente.

Las estaciones de subte a veces se inundan o se les filtra el agua por alguna pared, o baja a torrentes por las escaleras. La gente llega empapada abajo y es como un refugio. Y ahí estaba él, con su parlantito chino en un costado moviéndose como un ente mágico.

Mientras cierran los paraguas, se sacuden el pelo y la ropa, giran y lo ven. Y se produce como un tipo de hipnosis maravillosa.

El arte puesto a jugar en los lugares públicos tiene una belleza y potencia que nunca se logrará en los teatros o en los museos.

Tiene el poder de la sorpresa. Como un perfume dulce que te abofetea en plena madrugada.

La gente, lxs espectadorxs, no están ahí para ver algo.

Están de paso para ir a algún lado. Para que la vida vaya yendo. Para sobrevivir. Para no morir.

Y de pronto, la belleza y la música inundan todo.

Y las percepciones cambian y todo se vuelve más suave, menos rudo y opaco. Brilla.

Y qué.

Sí. Así.

Llegó la noche y todo se hizo espeso y pastoso.

Pasé por aquella esquina de la otra vez y me vino un viento helado que casi me muero. Sentí de forma real el color de la ciudad yéndose hacia la noche y tu olor que me perforó las fosas nasales. Y el roce de tu jean sobre el dorso de la mano. Y un poco del pelo espeso que te cae por la espalda.

Sentí todo eso en un segundo. Como un torbellino bravo.

Y te hablé como si estuvieras ahí. De hecho te mandé un mensaje porque estabas ahí.

Y sabía que del otro lado del globo este que flota en el espacio, te toqué el jean, el pelo y la mano. Y vos de alguna forma extraña, lo sentiste.

Y viste el color de la ciudad en sepia y borronado. Porque mis ojos estaban borrachos y veía así. Y vos veías con mis ojos.

Y después me desparramé en el cuerpo de alguien que conocí por ahí porque necesitaba sentir cosas, sexo y más alcohol, y seguir andando por el barrio antiguo con vos en mi cabeza.

Y me contestaste el mensaje. Raro porque a esa hora pensé que estabas durmiendo o ensayando, o estudiando algo o con alguien.

Pero no. Me lo contestaste al toque diciéndome que qué lindo que soy. Y esa línea mínima me hizo ponerme a bailar solo en la esquina de Pasco y Rivadavia después de haber dado mil vueltas por Balvanera en busca de cualquier cosa que maree.

En la calle no había nadie.

Enfilé por Rivadavia para el lado del Congreso porque hay unos edificios que están increíbles y son como mágicos en esa parte de la ciudad.

Y el cielo todavía nublado con las gotas condensadas en la atmosfera, hacían que todo parezca una especie de sueño extraño.

Después pasé por Avenida de Mayo en el mismo transe idiota de mirar hacia arriba y ver las luces amarillentas mezcladas con la bruma, que hacen entrar la avenida en ese sueño que acabo de decir.

Vi un gato. Rarísimo porque nunca se ven gatos en el centro. Pero lo vi y el me vio. Era atigrado y enorme. Estaba lastimado en la mejilla derecha y tenía los ojos amarillos encendidos. Venía de su propia guerra y la había ganado.

Pensé en llegar al río y ver el mundo diluirse en el agua, así que seguí caminando mientras entraba la madrugada.

Enfilé para Puerto Madero sabiendo que no iba a encontrar lo que buscaba.

Vivo en una ciudad que está sobre el río pero que casi nunca se puede ver. Está escondido. Oculto. Mucho más que cualquier secreto.

Me pareció que a esa hora la Reserva estaba cerrada así que ni fui para allá.

Tal vez podía ir hasta Retiro y tomarme el tren a algún lugar de Zona Norte, o hasta Constitución y encarar alguno hasta Quilmes o ver de llegar más allá de La Plata.

Pero no hice nada de eso.

Caminé indignado por esa mentira menemista que es Puerto Madero y esperé el amanecer por ahí.

Y cuando el amanecer llegó y la bola de fuego se mezcló con las acuosas nubes, respiré hondo, exhalé aún más hondo, y me volví al nido\guarida\refugio que es mi departamento de Paternal. Lejos del río. En medio de las

*planicies pampeanas, ocupadas y saqueadas
por el monstruo inconsciente que es esta urbe.*

Cierra la puerta con la mano porque No
Cierra Sola.

Vuelve al núcleo vital de la soledad y se
cobija ahí hasta que pase.

Hasta que deje de arder el pecho. Hasta
que se haga agua y corra por ahí diluyendo
todo.

Relee las hojas del cuaderno que acaba de
escribir y se acuesta hecho un bollito en la
cama al lado de la ventana.

Tengo algo que contar.

El otro día venía por Villa Crespo, casi no había sol y los árboles ya estaban pelados. Yo andaba con cierta densidad. No tan leve como me gusta, atravesando las calles. Una dosis de esa melancolía medio hueca de nada y por nada. Solo como un agujero gris.

Paro en el semáforo de Warnes con Aplolinario Figueroa. Me quedo ahí esperando mi luz verde y mientras tanto miro para arriba, un pedazo de cielo, unas nubes, un edificio que me gusta.

Después cambio el plano de mi horizonte a la derecha, donde Warnes se va al Parque.

En el nacimiento de Marechal había un carro cargado hasta el tope de cartones. Al lado una

piba. Adentro del contenedor de basura, un chabón.

No escucho lo que dicen porque estoy lejos. Sólo lxs veo gesticular, sobre todo a la chica.

Parece que discuten o algo así. Últimamente me toca ser testigo de discusiones de desconocidxs.

Tampoco les veo bien la cara por el mismo motivo de la distancia.

La flaca tiene el pelo largo y negro, y un pantalón beige como de trabajo. Se la ve alta y de movimientos amplios y seguros.

El pibe asoma la cabeza y dice algo. Ella le contesta y pasan así unos segundos en algún desentendido que no logro adivinar.

Ella se queda quieta con los brazos en jarra, el peso del cuerpo repartido entre las dos piernas distanciadas entre sí, y en postura agresiva.

Él la mira.

Con una mano se agarra desde adentro del borde del contenedor y, con una pirueta circense de total esplendor, da un salto hacia el asfalto.

Se le planta de frente.

Son dos espíritus encendidos en medio de una disputa mortal.

El mundo entero debería haber parado en ese instante a contemplarlx. Pero nadie paró. Yo fui el único espectador.

No le dice nada. La mira fijo mientras cambia mi semáforo y yo no cruzo la calle, me quedo ahí como estatua de sal.

Se miden.

Él le agarra la cabeza con la mano derecha, por atrás, desde la nuca. Con la mano izquierda le rodea la cintura y la pega a su cuerpo.

Ella lo mira un segundo más. Y se hunde. Se

hunde en su cara y en su pelo y en el beso más largo y hermoso desde que nacieron los besos.

Se hunden en sus cuerpos en el medio de la avenida.

La ciudad no vio nada.

Yo volví a cantar.

Cierra el cuaderno. Termina la cerveza. Se levanta del escaloncito que le sirvió de refugio unos instantes y sigue caminando.

Acaba de hacer el trámite de pasaporte urgente.

Tiene unos días para terminar de ordenar todo antes de subirse al avión que lo va a llevar a Marruecos. Se va el 1 de febrero, un día antes de su cumpleaños número 28.

En realidad no tiene mucho que ordenar más que la mochila negra que le prestó Marilú cuando le contó que iba a viajar.

La llave del departamento la va a entregar en dos días y dos días más los va a pasar con Bastián que ahora vive con una novia hermosa que es escultora en una casa vieja que remodelaron por Barracas.

En Paternal van a quedar unos estudiantes

de la UNTREF que le alquilaron cada uno un cuarto. Le van a mandar la plata por Western Union pero sabe que es tan poquito al cambio que no cree que le sirva de mucho.

Lleva su sombrero de hongo y el parlantito chino así que de hambre no se va a morir. El pasaje lo sacó con plata que le tocó en la herencia del viejo de mierda. El resto de esa herencia la guardó en una caja de seguridad que también heredó.

En algún momento del viaje se va a encontrar con Lula en un país que todavía no decidieron.

No tiene pasaje de vuelta.

Se va hasta que se canse.

O hasta no cansarse nunca.

No hace falta volver a ningún lugar.

Todo está siempre adelante y arde en los infinitos.



Se terminó de imprimir en algún
momento de la historia en el Taller de
Ediciones Frenéticx Danzantes

